

LIBROS



> Elena Garro

• **El asesinato de Elena Garro**

> PATRICIA ROSAS LOPÁTEGUI

• **Domme o el ensayo de Ocupación**

> FRANÇOIS AUGIÉRAS

• **Obras reunidas / Volumen I**

> IVÁN ILLICH

• **Después de la transición / Gobernabilidad, espacio público y derechos**

> JOSÉ WOLDENBERG

• **Los desafíos del presente mexicano**

> FRANCISCO TOLEDO, ENRIQUE FLORESCANO Y JOSÉ WOLDENBERG, COORDS.

• **México ante el mundo / Tiempo de definiciones**

> LUIS HERRERA-LASSO M., COORD.

• **Paraíso perdido**

> JOHN MILTON

• **El pecho**

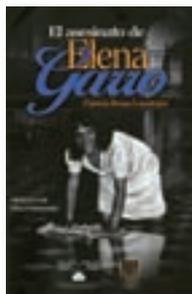
> PHILIP ROTH

• **Paraísos duros de roer**

> RAFAEL PÉREZ GAY

BIOGRAFÍA

El verdadero asesinato de Garro



Patricia Rosas Lopátegui
El asesinato de Elena Garro
pról. Elena Poniatowska, México, Porrúa, 2005, 479 pp.

Testimonios sobre Elena Garro. Biografía exclusiva y autorizada de Elena Garro
Monterrey, Ediciones Castillo, 2002, 508 pp.

La vida y la obra de Elena Garro (1916-1998) encarnan la leyenda más asombrosa y problemática del tiempo literario mexicano. Casada en 1937 con Octavio Paz, con quien vivió un turbulento matrimonio que terminó legalmente en 1959, Garro desarrolló una relación paradójica con las luces y las sombras del poeta. Paz es la amenazante hipóstasis del mundo para Garro. Por un lado, sus cuentos y novelas dependen de una fantástica persecución encabezada por su ex marido; por el otro, sin el apoyo material de Paz, que se extendió hasta el final de sus días, la difícil vida de Garro y de su hija Helena Paz habría sido, si cabe, aún más desdichada. En una entrevista concedida en los últimos años de su vida, Garro ratificó la vigencia de su vastísima

querrela existencial: “Yo vivo contra él, estudié contra él, hablé contra él, tuve amantes contra él, escribí contra él y defendí a los indios contra él. Escribí de política contra él, en fin, todo, todo, todo lo que soy es contra él. [...] en la vida no tienes más que un enemigo y con eso basta. Y mi enemigo es Paz.”

La desclasificación, en julio de 2006, de los documentos que exhiben a Garro como informante de la Dirección Federal de Seguridad (DFS) del gobierno de Gustavo Díaz Ordaz, antes y durante el movimiento estudiantil de 1968, que se suponía había sido la causa de su pretendido exilio, permite terminar la escritura de todo un capítulo de la historia política de la literatura mexicana. Previamente se sabía, contra lo que sostenía la propia escritora junto con aquellos que facilitaron su regreso al país en 1993, que la causa de la impopularidad de Garro entre los intelectuales mexicanos no se debía a ninguna persecución encabezada por Paz. El motivo del desprestigio fue su actuación durante el verano de 1968, papel que actualmente nos parece cómico y propio de una novela de espías que sólo Garro pudo haber escrito, pero que, en las semanas posteriores al 2 de

octubre, seguramente no fue nada simpático para quienes fueron denunciados por ella como autores intelectuales de la revuelta estudiantil.

Garro publicó, el 17 de agosto en la *Revista de América*, un artículo titulado “El complot de los cobardes”, en el cual, tras culpar por primera vez a los intelectuales de azuzar a los estudiantes, el pánico toma dimensiones apocalípticas: “En los tumultos provocados, según los rumores, existen millares de muertos e incinerados secretamente por el gobierno. También se cuentan por millares los detenidos y los heridos en las cárceles. ¿Por qué entonces los intelectuales no buscan a las familias de las centenas de asesinados y heridos para presentarlos a la opinión pública? ¿Por qué no piden seriamente un castigo para los autores intelectuales de estas masacres?”

El 7 de octubre, cinco días después de la matanza de Tlatelolco, Garro aparecerá acusando, en los principales periódicos nacionales, al rector de la UNAM, Javier Barros Sierra, y a un grupo de intelectuales y artistas “de extrema izquierda”, entre los que se contaban Carlos Monsiváis, José Luis Cuevas, Rosario Castellanos y Leonora Carrington, entre muchos otros, de llevar “a los

estudiantes a promover la agitación y el derramamiento de sangre”.

Y en concierto con las denuncias de su madre, Helena Paz publicó, en *El Universal* del 23 de octubre, una carta abierta dirigida a Octavio Paz, quien acababa de renunciar a la embajada de México en la India como protesta por los acontecimientos de Tlatelolco. En aquella patética carta al padre, Helena Paz le decía: “Tu condena debió de ser dirigida a los apoltronados que arrojaron a la muerte y a la destrucción a jóvenes desposeídos de fortuna [...] Debes saber que estos directores del desastre no han tenido ningún escrúpulo. Primero: en dejarlos caer y renegar de los caídos. Segundo: en entregarlos a la policía, en cuyas manos, siento decírtelo, están muchísimo más seguros que entre sus secas cabezas enfermas de ansia de poder. Tercero: en cubrirlos de injurias, que van desde cobardes, asesinos, espías, traidores, delatores, provocadores, granujas, etcétera, sólo porque perdieron la sangrienta batalla de Tlatelolco, que los intelectuales organizaron, y a la cual, por supuesto, no asistieron. [...] Los jóvenes no eran pacíficos y la razón que ha convertido a estos violentísimos jóvenes, a quienes no conoces, es la carencia de una causa justa y la turbiedad de las cabezas dirigentes de su pérdida.”

¿Qué ocurrió con Garro en 1968? ¿Dónde y cómo empieza la desorbitada aventura de una de las mujeres más inteligentes, seductoras y terribles de nuestro siglo XX? Los datos revelados por el Instituto Federal de Acceso a la Información (IFAI) en mucho ayudan a resolver el rompecabezas puesto sobre la mesa, previamente, por la publicación, de cuyas características me ocuparé más abajo, de los diarios íntimos (*Testimonios sobre Elena Garro*, Monterrey, Ediciones Castillo, 2002) y los artículos políticos de Garro (*El asesinato de Elena Garro*) en ediciones regenteadas por Patricia Rosas Lopátegui.

A reserva de establecer correctamente la cronología, debe recordarse, para armar el caso, que Garro, durante los años sesenta, navegaba en las aguas turbias del agrarismo oficial y que, en

su afán de redención de los campesinos, entró en relación con Carlos Madrazo, presidente nacional del Partido Revolucionario Institucional entre 1964 y 1965. Garro idolatraba al político tabasqueño a quien, gracias a su frustrado ímpetu reformista, veía como el salvador providencial que México estaba esperando. En los artículos recogidos en *El asesinato de Elena Garro* se confirma que la escritora creía en los ideales, siempre a riesgo de ser traicionados, de la Revolución Mexicana hecha gobierno y de su nacionalismo revolucionario.

La trayectoria de Carlos Madrazo, tras cruzarse accidentalmente con el movimiento estudiantil, terminó con su propia muerte en un sospechoso percance aéreo en 1969. Pero en agosto de 1968, dada la envergadura que habían cobrado las manifestaciones estudiantiles, Garro habría empezado a temer (o a ser precautoriamente informada) que la represión caería fatalmente sobre los jóvenes y terminaría cobrándose víctimas entre la disidencia, más o menos tolerada, del partido oficial.

Garro, dada a la fantasía imprudente y temeraria, habría querido comprar protección para ella y para su hija Helena a cambio de seguir informando a la policía política de lo que ocurría en los círculos intelectuales involucrados con el movimiento. Jugando al doble agente, Garro terminó por ser una espía espía y, creyendo servirse de la DFS, permitió que ésta se sirviera de ella. Pero el verdadero desencadenante de los hechos debió de ser la renuncia de Paz. Aterrorizada ante el peligroso desafío que significaba el gesto de su ex marido y temerosa de verse aún más involucrada en una situación equívoca, Garro cayó en una crisis paranoide cuya consecuencia inmediata fueron las pretendidas delaciones. Es probable que la información previamente suministrada a la DFS tuviera escaso valor y que las acusaciones públicas, sin lugar a dudas, fueran descabelladas incluso para la meticulosa inteligencia gubernamental. Pero la tendencia a justificar, recurriendo a toda clase de artimañas, la conducta de Garro en 1968, vuelve

inoslayable decir que ella cometió una grave falta: puso en peligro la libertad de muchos amigos y colegas suyos, y contribuyó de manera tan destacada como extravagante al clima de linchamiento público proyectado, después del 2 de octubre, contra los intelectuales.

El resto de la historia es todavía más lamentable. Cuando Garro decidió poner fin a su autoexilio en París y en Madrid, fue recibida en México en olor de santidad por los enemigos literarios y políticos de Paz, quienes pronto huyeron de ella, al comprobar su tendencia irrefrenable al dispendio económico: ningún dinero resultaba suficiente para cubrir las extrañas necesidades de las dos Elenas, especialistas en hacer desaparecer cualquier cantidad en días, y a veces, en horas. La literatura no conocía, desde que León Bloy escribió *El mendigo ingrato*, una relación tan infernal con el dinero como la sufrida por Garro.

El trasfondo biográfico es indispensable para entender el genio de la autora, precisamente por la manera en que se operó una transubstanciación entre el sufrimiento y la literatura. Ninguna locura tiene tanto método como la de Garro, capaz de distanciarse de sí misma de una manera sardónica y cruel, como ocurre en *Andamos buyendo Lola* (1980), *Testimonios sobre Mariana* (1981) y en *Reencuentro de personajes* (1982). El arte de Garro alcanzó su clímax en *Testimonios sobre Mariana*, novela situada en un París fantástico, el de la segunda posguerra, donde la tranquilidad es imposible para Mariana, quien vive rodeada de monstruos y de dioses. Sometida al imperio de Augusto (su esposo Octavio Paz según la clave) y de Vicente (Adolfo Bioy Casares), Mariana es una heroína sadeana. Pero su sometimiento sólo puede ser relativo: este portentoso personaje es a la vez víctima y verdugo, nínfula y vampiresa, como ambivalente es su propio destino (y el de su hija), pues ambos seres sobrevivirán espectacularmente más allá de la muerte, rodeados de sicofantes del surrealismo y de rusos blancos. A partir de *Testimonios sobre Mariana*, como lo dice inmejorablemente César Aira en

su *Diccionario de autores latinoamericanos*, las novelas de Garro se convirtieron en el desarrollo obsesivo de un solo tema: el poder tanático del orden masculino persigue a una madre y a una hija, protagonistas de una *folie à deux* que necesita de la catástrofe para reproducirse.

Y una vez muerta Garro, no terminó la exposición, siempre pública y descarnada, de su desdichado destino. Sus diarios y papeles privados cayeron en manos de una profesora de la Universidad de Nuevo México, Patricia Rosas Lopátegui, quien urdió *Testimonios sobre Elena Garro*, una edición comentada de los diarios de Garro, a título de “biografía exclusiva y autorizada”. Se trata de un escandaloso ejemplo de inepta manipulación del legado de un escritor, no sólo por el nulo respeto a las más elementales reglas de la edición académica, sino por la mala fe y el resentimiento a toda prueba del que Rosas Lopátegui hace gala, página tras página. En nombre de un feminismo chatarra obsesionado en inculpar a Paz, a toda la sociedad literaria y al Estado mexicano de una conspiración permanente contra la autora de *Los recuerdos del porvenir*, Rosas Lopátegui llega a extremos delirantes, que si en Garro son la sal de una existencia, en su editora y comentarista son mero ridículo. Abundan, en los comentarios con los que Rosas Lopátegui estorba la lectura de los textos, las inferencias psicoanalíticas, los retazos de teoría dizque literaria, la ignorancia del español hablado en México, el escaso conocimiento de la historia nacional y una especiosa bilis que torna nauseabundas las fatigas que implica leer, en busca de Garro, ese galimatías.

Tan escandalosos son los procedimientos de Rosas Lopátegui, que la prologuista de *El asesinato de Elena Garro*, Elena Poniatowska, se ve obligada a desautorizar, en buena medida, el libro que aceptó prologar. Dice Poniatowska que “la información que Elena [Garro] le da [a Rojas Lopátegui] es un amasijo de contradicciones cuando no de falsedades”; que Rosas Lopátegui idolatra a Garro, sin cuestionarle nada, rezándole como si fuera una santa. Y en defensa de

Paz, Poniatowska—amiga del matrimonio y testigo de primera mano— refuta a Rosas Lopátegui, recordando que el poeta estaba, a fines de los años cincuenta, loco de entusiasmo por la obra de Garro y que “admiró a su mujer que no dejaba de asombrarlo, mejor dicho de inquietarlo y desazonarlo hasta despearlo al fondo del infierno”.

Poniatowska, contra los desvaríos de Garro que Rosas Lopátegui pretendió convertir en verdad biográfica, aclara que la carrera política y periodística de Garro durante los años sesenta transcurrió a la amable sombra de varios políticos del régimen diazordacista y que no hubo, ni en 1968 ni después, durante su autoexilio, “complot, ni confabulación, ni conspiración en contra suya. Las novelas y los cuentos de Elena eran leídos y comentados [...] el verdadero asesino de Elena, fue su vida misma alejada de la realidad, incluso de sí misma”.

El asesinato de Elena Garro, junto con las revelaciones del IFAI, dan por terminada la impostura que pretendió convertir la locura de la escritora en una descalificación íntima de Paz y de otros escritores, empresa un tanto inútil, pues Garro (y en ello radica también el genio del personaje) se resiste a ser traducida en términos de la corrección política. Pese a la manipulación de sus papeles privados y de sus artículos políticos, estamos ante un archivo cuya lectura deja una imagen escalofriante del infierno de Garro, a quien habrá que admirar en adelante por haber dejado, pese a la locura, una obra extraordinaria. En los años setenta, durante su estancia en Madrid, los diarios nos muestran, por ejemplo, a una Garro habitualmente delirante, viviendo de extorsionar a los incautos y víctima a su vez de los abusos de una auténtica corte de los milagros, mientras compara la obra de Paz con la del asesino Charles Mason, comprueba que Hitler fue un agente comunista y lee con devoción la prensa falangista mientras calcula cómo escapar de la España de la transición temiendo ser víctima de alguna conspiración de los comunistas.

La grandeza de Garro estuvo en la sublimación de su sufrimiento. Mien-

tras que en los diarios íntimos es abrumadora la evidencia patológica del delirio persecutorio, en las novelas su elevada conciencia artística impone la verdad, postulando la fatal complicidad entre las perseguidas y sus torturadores, como se ve en *Reencuentro de personajes* (1982). En esta novela criminal, la concentración dramática llegaría a un nivel casi insoportable de leer sino fuera por la noble estratagema elegida por Garro para confrontar a su heroína con la desgracia: los personajes de las novelas de Scott Fitzgerald y Evelyn Waugh aparecen en el texto, indicando que sólo la literatura puede traer consuelo a los borrascosos paisajes del alma. Garro sólo es en apariencia una escritora desordenada y temperamental; su prosa es veloz, descarnada y efectiva, ajena a las metáforas y poseedora de una suprema capacidad para penetrar la realidad y mostrar la soledad, la melancolía y el horror en sus formas más reiterativas y sistemáticas. Por sus novelas, sus cuentos, por su teatro, Elena Garro fue, en mi opinión, la gran escritora mexicana del siglo pasado, la única cuya obra pudo redimir con creces la amargura y el caos de una inteligencia errabunda. —

— CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

NOVELA

El caso Augiéras



François Augiéras
Domme
o el ensayo de Ocupación
trad. Rodrigo Rey Rosa,
México, Sexto Piso, 2006,
162 pp.

Una mañana, toda tedio, en la campaña francesa. Un festín inútil de moscas y animales. El sol y sus molestias. Entre la luz, un hombre que camina y no para. Ni los bichos ni

aquellas cosas verdes lo detienen. Ya en su cueva, despótica. Contra Occidente. Contra el cristianismo. Contra el mundo yermo. Si pudiéramos admirarlo (esto no es una foto), diríamos: uno de los nuestros, un misántropo. Más o menos. Porque dejamos de escuchar, no advertimos: de nuevo afuera, sobre el pasto, ya ora. En vez de despótica, alecciona, alegremente. Sobre la naturaleza. Sobre el amor. Sobre Dios. Responde a un nombre—François Augiéras—, aunque allí, en la Dordoña, nadie lo llama de ese modo. El diablo ermitaño, dicen. El diablo escribe, no tratados, novelitas. Hay mejores, hay peores. Morirá pronto, apenas nos volvamos, porque no sido una vida fácil. Tiene, ya, 46 años. Miremos hacia arriba, apenas un instante, para dejarlo morir a solas. Cielo macilento.

2

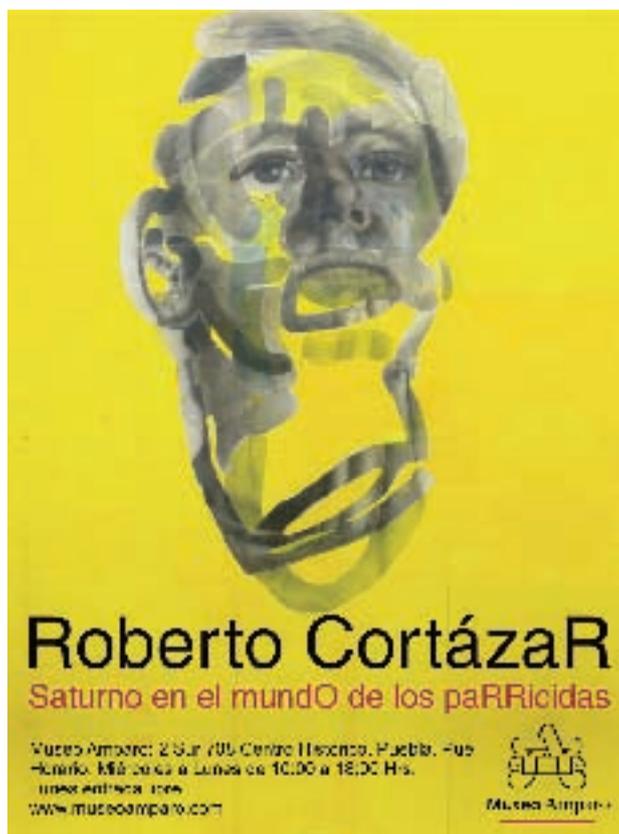
Son inexpresivos los datos. François Augiéras nace en Rochester, Estados Unidos, en 1925. De padres galos, gasta casi todos sus días en Francia. A los catorce años abandona la casa materna, hastiado de una tiranía casi imperceptible. Del padre, apenas nada, muerto desde hace años. Viaja por África y Grecia y se instala, casi definitivamente, en la Dordoña. Antes, con su tío, dos descubrimientos simultáneos: la homosexualidad y el incesto. Fatigado de Occidente, recurre a otras supersticiones: el budismo, el pitagorismo, las cíclicas creencias de la Nueva Era. Para publicitar su fe, escribe narrativa. Algo dice André Gide sobre su primera novela y casi nada se afirma de las seis posteriores. Para la última, publicada póstumamente, un ritual: vivir lo que ha de escribir. Así, se interna en un asilo, habita una cueva y se entrega, al fin solo, a un extraño experimento: ensayar una nueva civilización, un nuevo estado espiritual, un humano otro. Muere, acaso propiciamente, antes de concebir su fracaso.

Augiéras es, ante todo, un problema. ¿Cómo leerlo? Su obra no es enfática: vacila entre la literatura y la charlatane-

ría. Cabe lo mismo en nuestro librero que en los estantes de una innombrable librería esotérica. Libros finos y, al mismo tiempo, aleccionadores, atestados de niños, mentores y, desde luego, aprendizaje. *Domme o el ensayo de Ocupación* (escrita a finales de los sesenta, publicada en 1982), su lección última, es un caso ejemplar, tan fascinante como repelente. Es una lectura incómoda: su forma nos satisface pero su sensibilidad, un tanto etérea, nos lastima. Parte de la anécdota nos deleita: un hombre, al borde de la locura, se oculta en una cueva para ensayar desde allí la ocupación del mundo. Apenas visto por los pueblerinos, practica esos hábitos que más tarde repetirán los nuevos seres: la soledad, la oración, la comunión con los elementos. Mientras ensaya, despótica contra la vistosa idiotez de los hombres y escribe, morosamente, las líneas que nosotros leemos. Hay una joven y el sexo es ascensión. Hay un niño y su presencia es divina. Hay locura y furia y

encendidas digresiones misántropas.

¿Qué nos lastima? No, en definitiva, su misantropía. Por el contrario: es fácil compartirla. Porque estamos anegados de novelas, sabemos que éstas, cuando valen, son objetos negativos. También sabemos: son legión los misántropos en la literatura francesa. De Flaubert a Houellebecq, una misma estrategia: la queja, no de aquel hombre sino, a través de él, de todos los hombres. De un modo u otro, el Augiéras más acerbo es predecible: su negación del mundo moderno no nos incomoda. No hay nada nuevo ni abismal en ella. Es, casi paródicamente, una crítica romántica. Se denuncia el mundo porque es árido y laico, y se abjura de la humanidad porque es apóstata y burguesa. Al revés de Baudelaire, deseoso de oscuridad, Augiéras se consume en espera de una luz más intensa. Un mundo iluminado, ajeno al medio tono moderno, eso quisiera. Mientras espera, despótica, previsi-



blemente. Previsible, no tedioso. No le exigimos al misántropo revelaciones inéditas: el mundo es náuseas, y lo sabemos. Demandamos lo posible: un gesto enfático, una manera particular de pronunciar tantas heces. Allí, en el fraseo de la podredumbre, entre los estilistas de la suciedad, Augiéras brilla con una claridad propia, al fin inspirado.

Tampoco nos hiera la prosa. ¿Cómo podría hacerlo? Es una prosa cálida, exacta, intachable. Tantas frases y ninguna que nos haga pensar en la demente misantropía de Céline o en la arrebatada lengua mística de Xul Solar. Tantas sentencias y todas tan ordenadas. El estilo de Augiéras es, a primera vista, paradójico: nace de un temperamento extremado, se resuelve clásicamente. Se inscribe, de hecho y sin reservas, en el clasicismo francés. Su virtud capital es aquella de la que Barthes ya se mofaba: la precisión. No es de extrañar que tanta templanza haya ganado la atención de Gide. El asunto: ¿por qué el clasicismo y no una prosa más expresiva? ¿Por qué la calma? Acaso para convencer. Porque sus temas son poco ordinarios y rayan a veces en el embuste, Augiéras compone una prosa eminentemente francesa, irrefutablemente literaria. Porque la belleza clásica persuade, escribe en un estilo ya canónico. No arriesga para no tropezar y atizar las sospechas. Esto, afirma su prosa, es literatura. Esto, sugiere su temperamento, podría ser otra cosa.

Nos lastima, entonces, tanta luz. Podríamos decir, como Debussy, que nuestras almas mueren por exceso de sol. Así: descansamos cómodos bajo la sombra y, de pronto, la demasiada luz. Creíamos conocer la oscura naturaleza de la novela —un envejecido divertimento crítico, inútil para proponer— y, de golpe, ésta propone. No una vez ni casualmente: un chorro de luz tras otro. Augiéras se pretende un iluminado y, sin apenas pena, ya alecciona. Entre un vituperio y otro, un sermón sobre la Claridad, la Energía Divina, el Ser Primordial. Entre la conocida narrativa negativa, una porción positi-

va. Aquí, nuestra incomodidad. ¿Qué hacer con sus revelaciones? ¿Cómo leer, hoy, a un santo? Para empezar, hemos sido embaucados: se ha denunciado la deficiencia del mundo sólo para proponer, enseguida, una sabiduría. ¿Cuál? Cualquiera. Una que, fiel a su década, flota en la Nueva Era. Una que, como las otras, necesita del auxilio de las mayúsculas. Una tan falaz como todas. Súbitamente aleccionados, nos negamos a escuchar siquiera el mensaje. Hubiéramos deseado otra cosa, un Augiéras todo lobreguez, atado a aquella certeza de Nietzsche: ciertas cosas no deben decirse porque los lectores no están preparados para oírlos. Nosotros, inútil presumir, no lo estamos.

El asunto es cosa grave. Notaba Borges: la experiencia estética se define, en esencia, por la inminencia, no el acontecimiento, de una revelación. Afirmamos lo mismo sobre la literatura: incluso cuando es epifánica, está siempre *a punto* de pronunciar. No es tanto una revelación como la promesa de que podría haber alguna. ¿Qué ocurre, entonces, cuando un autor revela neciamente su luz? Ocurre algo, cualquier cosa, que no es literatura. Augiéras, al hacer las veces del chamán, rebasa las fronteras de la narrativa. Al descubrirnos lo arcano, nos prohíbe la experiencia literaria. Imposible la distancia estética entre tanto soplo místico. Imposible, también, la crítica. Su obra no nos exige una contemplación reflexiva sino un acto de fe: credulidad, no admiración formal. En vez de una novela, un develamiento. La literatura, en otra parte, donde la luz menguante.

Entonces: ¿qué hacer con Augiéras? ¿Es o no literatura? Su prosa y su misantropía dicen que sí. Su pretendida santidad sugiere, crasamente, lo contrario. De un modo o del otro, un problema. Un problema ya conocido. La comezón que nos produce es la misma que nos han provocado, a lo largo de la Edad Moderna, los místicos: fascinación y aversión. No pocos espíritus lúcidos —Flaubert, Schwob, Coetzee— han sido

seducidos por la imagen del asceta. Incluso un alma tan poco iluminada como la de Cioran fue absorbida por los martirios de las santas. ¿Por qué la fascinación? Para decirlo con el rumano, porque contemplar a los místicos satisface “un gusto por las enfermedades y una avidez de depravaciones”. Por eso y porque debajo de todo asceta se oculta un misántropo más o menos declarado. El místico, como nosotros, detesta este mundo pero él, al revés de uno, renuncia a sus escasas recompensas. Allí la fascinación: disfrutamos ver cómo padece el destino que nosotros, sabiamente, celebramos para no vivirlo. ¿Por qué la aversión? Por la demasiada, inclemente luz. El místico es tolerable hasta antes de ser iluminado. Cuando sufre vanamente, su ejemplo es de una belleza morbosa. Favorecido por una revelación, es innoble. Augiéras, por ejemplo: hermoso mientras despotrica en una cueva, repelente cuando sus cabellos ya se erizan y su dedo, seráfico, señala un camino.

Un sendero, no para nosotros. Un maestro, no para nosotros.

Nosotros, los amargos. —

— RAFAEL LEMUS

PENSAMIENTO

La velocidad es personal



Iván Illich
Obras reunidas /
Volumen I
México, Fondo
de Cultura
Económica,
2006, 765 pp.

En los discursos de cualquier político latinoamericano en campaña, las promesas acerca de atender la urgencia de la educación (más escuelas), de la salud (más hospitales) y del bienestar social (más viviendas, empleos y mejores vías de comunicación) se des-

gran como si se tratara de soluciones incontrovertibles a los problemas generalizados, asumidos ciegamente por el grueso de la población. Las frases terminan por asentarse como letra muerta que, en el futuro, algún otro político en campaña retomará, agitándolas de nuevo, como se hace con las emulsiones contra la diarrea, sin conseguir que la realidad cambie a fondo.

No más escuelas, no más hospitales, no más viviendas programadas ni supercarreteras, sencillamente porque la educación, la salud, el desplazamiento en grandes distancias no deben ser obligatorios, sino responsabilidad de cada cual según su velocidad personal y de cada comunidad conforme a su propia capacidad política de pactar límites. Éstas son algunas alternativas que Iván Illich expone a lo largo de su obra, conciente de que un candidato, digamos presidencial, al que se le ocurriera proponerlas cometería un suicidio político, pues ¿en qué cabeza cabe, por ejemplo, que la escolarización obligatoria reporta más perjuicio que beneficio y que, por tanto, hay que demolerla?

Illich parte de una detallada observación de la realidad mundial hacia los años sesenta y setenta del siglo pasado, que lo lleva a pensar que América Latina –y el Tercer Mundo en general– pueden seguir rutas alternativas a la mera imitación del modelo de producción industrial preconizado por las naciones ricas, Estados Unidos en primer lugar. En el subdesarrollo, el filósofo halla condiciones propicias para instaurar modelos igualitarios basados en lo que él llama *convivencialidad*, pues asevera que las dos terceras partes de la humanidad aún pueden evitar atravesar por la era industrial si eligen, desde ya, un modo de producción basado en un equilibrio postindustrial.

Illich deja claro que la suya no es una utopía normativa ni ideológica, sino una búsqueda de opciones para reinstalar al hombre en su justa dimensión, en armonía con su medio y

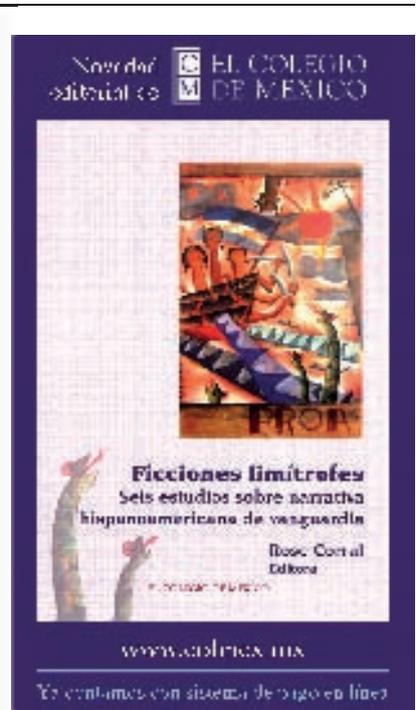
con sus habilidades intelectuales en plenitud. De ahí que sus ideas –su “radicalismo humanista”, como lo define Erich Fromm en la introducción a *Alternativas*– conserven intacto el brillo y la vigencia de cuando fueron maduradas. Baste atender a las razones de los altermundistas para notar que la mayoría de las preocupaciones de Illich continúan ocupando a sectores considerables de la sociedad mundial, aunque las soluciones exigidas y los mecanismos empleados por éstos difieran de los planteamientos sumamente creativos y persuasivos –que a veces se antojan absurdos– de aquél.

Alternativas, La sociedad desescolarizada, Energía y equidad, La convivencialidad y Némesis médica son los cinco libros que reúne este primer volumen, con el que el Fondo de Cultura Económica ha comenzado a publicar la *Obra reunida* de Iván Illich (1926-2002), revisada por Valentina Borremans y Javier Sicilia, oportunidad de oro para repensar las ideas –o para acercarse a ellas por vez primera– de este humanista que tanto tuvo que ver con México, cuando fundó y dirigió el Centro de Investigación Documental (Cidoc, 1961-1976) en Cuernavaca, plantel donde se llevaron a cabo seminarios y discusiones que, en gran medida, darían pie a estas obras del ex sacerdote de origen austriaco.

Para leer a Illich, lo primero es disponerse a recibir altas dosis de ideas subversivas que, para ser asimiladas, exigen echar por tierra soluciones establecidas. La recompensa vale la pena, pues el horizonte mental se amplía y el lector se dispone a considerar la viabilidad de un desarrollo físico, espiritual e intelectual del hombre distinto al desarrollo según las leyes de la industrialización. A través de las páginas de los títulos reunidos en este volumen, las alternativas de Illich van cobrando cada vez mayor fuerza y se van ramificando. Así, por ejemplo, en *La convivencialidad* aparecen, afinados y ampliados, conceptos planteados en los tres libros anteriores, como la advertencia acerca de las cinco amenazas del desarrollo industrial avanzado: el

supercrecimiento desarraiga al hombre del medio con el cual ha evolucionado; la industrialización le resta autonomía de acción; la sobreprogramación disminuye su creatividad; el proceso limita su derecho a la palabra y, por tanto, a la política; y los procesos de producción masiva de valores de cambio, que quieren sustituir los valores de uso, marginan el recurso al antecedente: tradición, lenguaje, mito y ritual.

Las medidas que Illich brinda en estos cinco primeros libros –ciclo al cual, como informan Jean Robert y Valentina Borremans en el prefacio, el autor llamaba sus “panfletos”– van dirigidas a establecer un techo común de ciertas dimensiones técnicas, para que existan alternativas políticas, a través de las cuales se logre alcanzar un control estatal de la tecnología dirigida a los productos industriales, y un control de la influencia de los servicios profesionales a partir de una autolimitación voluntaria y comunitaria; y van también dirigidas esas medidas a contrarrestar el “imperativo tecnológico”, según el cual, si es posible viajar a velocidades supersónicas, todos debemos hacerlo a



cualquier precio. ¿Cómo conseguir ese techo común? Estableciendo límites a la velocidad para garantizar una movilidad óptima de la mayoría; y acordando cuánto gasto público debe destinarse a la prolongación de la vida de un adulto; y decidiendo a qué métodos pedagógicos hay que renunciar para acceder a medios de autoformación y autococonocimiento.

En tan corto espacio no es posible dar cuenta de la bitácora de viaje intelectual en la que Iván Illich afina sus sencillas alternativas técnicas, las cuales conllevan un trasfondo intangible que se cifra en un cambio de mentalidad total, en una inversión, un vuelco radical de la ciencia y la tecnología, para ser reorientadas a distintos modos de producción. En este nivel, es posible advertir reminiscencias evangélicas—la “locura de Cristo”: la esperanza— que exigen precisamente invertir el orden del mundo como la única salida que queda por intentar a fondo. La revolución, por tanto, nada tendría que ver con las armas sino con las herramientas.

Por rutas que hermanan ciertas reflexiones de Iván Illich y de Gabriel Zaid —la denuncia del “currículum oculto” de la escolaridad: no hay salvación, ni poder, fuera de la escuela, por ejemplo— la bicicleta se convierte en emblema del ritmo aconsejable para la humanidad. Según Illich, el hombre austero es aquel “que encuentra su alegría y su equilibrio en el empleo de la herramienta convivencial [aquella que utilizada por una persona integrada a la colectividad y no al servicio de un cuerpo de especialistas]”. Alegría y equilibrio se sienten manejando una bicicleta; ahí arriba, con el viento sobre la cara y los músculos y huesos bien temperados, otros verbos “convivenciales” sobrevienen: aprender sólo lo que me interesa y sin maestros profesionales sino con gente como uno; recuperar el arte de ser saludable, sufrir y morir sin legárselo a terceros; y hasta arreglárselas para leer en bicicleta, pues la velocidad no tiene por qué ser asombrosa, sino personal. —

— NOÉ CÁRDENAS

POLÍTICA

Breviarios y panoramas



José Woldenberg
Después de la transición / Gobernabilidad, espacio público y derechos
México, Cal y Arena, 2006, 384 pp.



Francisco Toledo, Enrique Florescano y José Woldenberg, coords.
Los desafíos del presente mexicano
México, Taurus, 2006, 291 pp.



Luis Herrera-Lasso M., coord.
México ante el mundo / Tiempo de definiciones
México, FCE, 2006, 401 pp.

Después de la transición reúne los artículos de José Woldenberg en el diario *Reforma*. Los nuevos retos, asevera el autor, no están en la esfera electoral, sino en la gobernabilidad. El gran logro del periodo precedente fue edificar un escenario institucional para que la diversidad política pudiera expresarse, competir y convivir de manera pacífica. No fue un mero cambio electoral. Las nuevas reglas despojaron al Presidente de la República de su papel decisivo en la transmisión del poder y en la mediación de los conflictos, transformando así el sistema vertical y autoritario en uno basado en reglas, organizado y arbitrado por instancias autónomas.

El problema ahora es asegurar que el nuevo sistema disminuya la pobreza y la desigualdad, caldo de cultivo de reacciones contra la democracia. Una porción sustantiva de la población valora más al “líder fuerte” que a los políticos obedientes del estado de derecho. La sociedad mexicana presenta enormes franjas intolerantes y discriminatorias contra las mujeres y todo lo que parezca diferente. Si los gobiernos no encaran estos retos como prioritarios, la democracia podría naufragar.

Sectores de la clase política y la opinión pública son impacientes ante la relativa ineficiencia del nuevo sistema y

desean restaurar una Presidencia fuerte. No han entendido que la distribución del poder con un presidente sin mayoría parlamentaria llegó para quedarse. La creación de mayorías en el Congreso seguirá siendo una tarea posterior a la elección, no anterior a ella, para lo cual se requiere introducir “alguna fórmula de parlamentarismo”.

El punto fuerte del autor es subrayar la indigente conciencia democrática de muchos, aquellos dispuestos a seguir “líderes fuertes” hasta el abismo. Pero falla al apreciar el movimiento estudiantil de 1968 como piedra angular de la transición, pues resulta evidente que muchos líderes y herederos de ese movimiento están a la cabeza de la reacción antidemocrática.

Los desafíos del presente mexicano, compendiado por el mismo Woldenberg con Enrique Florescano y Francisco Toledo, incluye un alegato de Rolando Cordera contra la desigualdad, fenómeno que ha tomado carta de naturalización como condición del gobierno cotidiano, expresión cultural que modula los reflejos colectivos de la conducta social. La desigualdad propicia una doble alienación: de las masas respecto de los grupos dirigentes, y de éstos respecto de la nación. La política económica aumenta la concentración

de la riqueza, mientras la democracia normativa transcurre indiferente, aunque resiente su efecto en su discurso en forma y fondo.

No puede haber poderío exportador sin mercado interno robusto, y éste no puede prosperar sin cambiar la estructura de la distribución para propiciar un crecimiento alto del producto y el empleo. El estado está emplazado a corregir las fallas del mercado para generar empleo. Hacen falta una reforma fiscal distributiva y, sobre todo, una reforma intelectual y moral que sensibilice a la opinión pública y la clase política del verdadero problema. El peligro no está en los líderes “populistas”, sino en la elites atrincheradas en su privilegio.

Para Cordera, el movimiento estudiantil del 68 fue el primer gran desafío a la desigualdad, “al menos así lo interpretó Luis Echeverría”. Pero una cosa es Echeverría y otra el movimiento estudiantil. El de 1968 fue un movimiento de un sector de la clase media que ya tenía algo y por eso quería más, sobre todo libertad, pero no lo expresó con claridad y fue conducido con dogmatismo y torpeza. La lucha contra la desigualdad no nació en el 68; es una saga intermitente de trabajadores del campo y la ciudad a lo largo de la historia.

En el mismo volumen José I. Casar interpreta la acción económica del gobierno como un esfuerzo por compensar las fallas del mercado desde el decenio de 1940. Pero a partir de los años ochenta las fallas del mercado desaparecieron del pensamiento económico y sólo quedaron las fallas del gobierno. Ocurrió que el papel económico estatal superó la capacidad del gobierno para controlar el sentido de su intervención. El populismo de Echeverría y López Portillo fue un intento contraproducente de proseguir esa ruta.

Al enfatizar las fallas del gobierno y las virtudes de la libre competencia, el nuevo consenso adoptó la estabilización económica como condición del crecimiento, pero sus resultados son decepcionantes. Aunque las reformas son deseables en sí mismas, su efecto en el

crecimiento es difícil de medir. La política fiscal, orientada a la estabilidad, resulta procíclica: el déficit fijo expande el gasto en periodos de crecimiento, pero contrae la demanda en periodos recesivos.

Las reformas de “segunda generación” pueden mejorar las condiciones de inversión en los renglones probadamente redituables, no así en nuevas actividades, las que deberían ser estimuladas. El crecimiento debe anteceder a las reformas, pero no hay un esquema institucional único para desatarlo. Hace falta jerarquizar las reformas porque son costosas y no todas rinden igual. Quizá la más promisoría sea la que vincule la estabilidad macroeconómica a diversas configuraciones de precios de tipo de cambio, salarios y tasa de interés reales.

Carlos Monsiváis, por una parte, acomete una vez más los paradigmas y fenómenos culturales. Por desgracia, la adjetivación de su objeto (“torrencial, reiterativo, desigual y múltiple”), invade su propio enfoque. En su vasta enumeración de fenómenos culturales, uno siente falta de oxígeno y jerarquía conceptuales. Si el autor se diera tiempo para revisar su lluvia de ideas, mitigaría excesos e incongruencias como los siguientes: internet “acentúa la concentración social de las desventajas”, pero también es “el medio más importante de difusión cultural [porque] acrecienta el número de los que no precisan de intermediarios (...), provoca que (...) se lea como nunca antes [y] auspicia generaciones de lectores...” En este punto, uno piensa que el autor ya entró en vena, pero no: la globalización de la cultura y las artes es obstaculizada por “el imperio de los medios electrónicos”. Ya estaba uno creyendo que internet era parte de ese imperio.

Si sólo meditara sus propias ideas, el autor podría dar nivel a sus afirmaciones. Por ejemplo: en el siglo XX mexicano “se produce la revolución cultural, felizmente no llamada así”. ¿Por qué emplear esta expresión si la sabe desafortunada? Incurrir en arbitrariedades como ésta: “Se urbaniza el país y (...) en el proceso interviene el antiintelectualismo”. ¿Tiene que ver este comple-

mento con la idea principal? Postula una idea irrefutable: “En México, los prestigios literarios suelen ser por fe y no por demostración.” Nuestra fe en el autor se mantiene.

José Antonio Aguilar aborda el tema no menos elusivo de la identidad nacional. Afirma que el siglo XX mexicano fue racista al privilegiar, por un lado, el componente indígena y, por otro, el mestizaje. El énfasis en un aspecto u otro, dice, es reaccionario. Los primeros indigenistas exaltaron el componente indígena porque la democracia liberal del XIX lo marginaba. Al final del siglo XX, unos intelectuales urbanos radicalizaron el indigenismo y otros exhumaron el expediente mestizo abierto por ciertos positivistas al inicio del siglo.

Conclusión: abandonemos la definición racial de la identidad y restauremos el principio ciudadano de los primeros liberales. Aguilar se apoya más en teorías que en hechos. Cierto, el énfasis en el mestizaje es una reacción a la propaganda indigenista, pero aduce datos difíciles de impugnar. Combate la extrema reivindicación racial con datos mestizados (café con poca leche), pero no es racista, pues el mestizaje es, en sí mismo, una refutación de la pureza racial. Desde luego, Aguilar está en lo correcto al fincar la identidad nacional en la ciudadanía.

Los desafíos... incluye un ensayo de Adrián Acosta sobre el deterioro de la educación. Su argumento de que la descentralización educativa dispersó la responsabilidad en la materia y potenció el poder del sindicato de maestros, ilustra la crisis de Oaxaca. El discurso del senador Javier Corral contra la “ley Televisa” destaca el desmesurado poder político de los medios, pero no examina la realidad económica del fenómeno. Julio Frenk explica las bondades del seguro popular. El profesor José Sarukhán presenta los retos ambientales.

México ante el mundo, coordinado por Luis Herrera-Lasso, reúne ensayos de política exterior que constatan la confusión del gobierno en la materia. No podría ser de otra manera en un contexto en que la potencia única tiende a imponer su interés sobre el resto

del mundo. La única política exterior posible es el contragolpe: aguardar y responder los embates. Destaca el ensayo de Jorge Alberto Lozoya, que abarca desde temas geopolíticos y económicos hasta la vida cotidiana del siglo XXI, con estilo ágil y solvente.

Francisco Suárez Dávila presenta un diagnóstico y retos de política económica exterior bien informado. Está en línea con las reformas del mercado, pero admite matices tricolores según condiciones de desigualdad nacional. Jorge Tello Peón aborda la seguridad nacional desde la entraña burocrática. Reitera la prevalencia del desconcierto y sugiere que los funcionarios están más preocupados por su seguridad personal que por aquella bajo su responsabilidad. Aceptan crear un perímetro de seguridad con Estados Unidos “para obtener concesiones”, no para combatir amenazas reales. —

- RAMÓN COTA MEZA

POESÍA

Más cerca del monstruo, más diablo que Dios



John Milton
Paraiso perdido
ed. bilingüe
y trad. de
Bel Atreides,
Barcelona,
Galaxia
Gutenberg-
Círculo de
Lectores, 2005,
734 pp.

Paraiso perdido, de John Milton (1608-1674), es el poema épico más importante de la literatura en lengua inglesa. Sus 10,565 versos, divididos en doce libros—como la *Eneida*, uno de sus más visibles antecedentes—, constituyen un coloso verbal, un enrevesado monumento en el que confluyen múltiples influencias: la Biblia, la patrística, los textos hebreos, la mitología y la poesía grecolatinas—Homero, Ovidio, Lucano y, sobre todo, Virgilio—,

el teatro europeo seiscentista, la épica italiana—el *Orlando furioso* de Ariosto o la *Jerusalén liberada* de Tasso— y autores ingleses del quinientos como Ben Johnson o Edmund Spenser. Esta opulencia intertextual lo hace polisémico, sí, pero inabarcablemente polisémico: ante semejante arsenal de referentes, muchos de los cuales nos resultan hoy ajenos o desconocidos, no es extraño que nos sintamos perdidos. Por otra parte, frente a la interpretación clásica, que lo considera una elucidación poética del viejo problema teológico de la existencia del mal, *Paraiso perdido* admite también una interpretación política—como alegoría de las posiciones antimonárquicas de su autor en el turbulento periodo de la Guerra Civil Inglesa, la República de Cromwell y la Restauración de 1660—, lo que dificulta aún más la lectura. Y su estilo, que pretende reproducir en inglés la sinuosidad sintáctica del latín, con frecuentes hipérbatos y largos periodos oracionales, de arracimada hipotaxis, y que ha merecido el comprensible reproche del Dr. Johnson y de T.S. Eliot, entre otros críticos ilustres, nos lo hace definitivamente extraño.

¿Por qué hay que leer, pues, *Paraiso perdido*? Se me ocurren dos motivos. En primer lugar, por el poderío de su verbo, por su vendaval lingüístico. Como Shakespeare, que nos arrebatara aunque esté mal traducido, o aunque no lo entendamos, Milton nos captura con la majestuosidad ígnea de su dicción. En cualquier rincón del poema hallamos, en forma de trueno o de susurro, esa pujanza elocutiva. Cuando, en el Libro VIII, un atribulado Adán le pregunta al arcángel Rafael por la licitud de sus amores carnales con Eva y por su correspondencia entre los seres celestiales, Rafael no le da la respuesta establecida por la teología—que los ángeles carecen de cuerpo—, sino ésta, permeada de platonismo: “Y en ausencia del amor no existe dicha./ Lo que tú de puro en el cuerpo gozas/ (Y creado puro fuiste) lo gozamos los Espíritus/ En eminencia, sin obstáculo ninguno/ de membrana, miembro o hueso, ex-

cluyentes trabas:/ Más que el aire con el aire, si los Ángeles se abrazan,/ Se fusionan por completo, uniéndose pureza/ A lo puro que desea; no requieren medio restringido,/ Como carne que con carne se combine, o alma y alma” (versos 621-629). Para conseguir este impacto verbal, una buena traducción resulta imprescindible. Siempre lo es, pero en estos supuestos de particular calado expresivo e ideológico, más todavía. Y la labor de Bel Atreides, el responsable de la edición, es irreprochable. Su versión transpone los vericuetos del original con una precisión y una elegancia extraordinarias, y no desfallece nunca en su propósito estético: es siempre, ante todo, una versión literaria, otro *Paraiso perdido*, espejo o sosias o desdoblamiento del original. El trabajo de Atreides, amén de muchas otras dificultades, ha de despejar una inicial, que ha conturbado a todos sus traductores desde Jovellanos, el primero en trasladar al castellano, parcialmente, *Paraiso perdido*: en qué molde verter el pentámetro yámbico del texto inglés. Frente a la opción mayoritaria por el endecasílabo—que han utilizado, por ejemplo, Esteban Pujals y Manuel Álvarez de Toledo en sus versiones de 1986 y 1988, respectivamente—, Atreides se inclina por el amétrico trocaico, “porque ofrece la mayor flexibilidad para adaptarse a las secuencias de Milton, respetar el número de versos del texto fuente y, la mayor parte de las veces también, la estructura de las oraciones y los encabalgamientos”. Su tarea se completa con un prólogo iconoclasta y unas muy documentadas, pero no agobiadamente eruditas, notas al final del volumen, que facilitan el siempre arduo tránsito por el poemario.

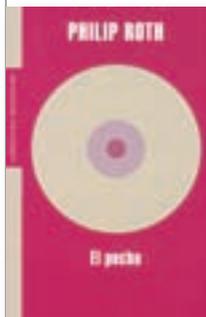
La segunda razón que cabe aducir para justificar la lectura de *Paraiso perdido* está directamente relacionada con la polisemia del texto, y no es otra que su ambigüedad, esa cualidad tan fértil en el arte; la ambigüedad de sus protagonistas: de Adán y Eva, confusos y exaltados en sus transportes sensuales; de Dios, deseoso de justificarse por la

existencia del mal, que atribuye, como era previsible, al libre albedrío; y, sobre todo, de Satán, que abre el libro, y cuya centralidad ha sido señalada por Dryden y por Blake, según el cual Milton era, como todos los verdaderos poetas, miembro del partido del Demonio. También Shelley, como recuerda Bel Atreides, sostenía la superioridad moral del diablo miltónico sobre el ególatra supracósmico que es Dios. El Satán de *Paraíso perdido* es, en efecto, un ser curioso, insumiso, doliente, contradictorio, humano, en suma, que a veces parece capaz de amar. Así, en el Libro IX, se diría que practica el bien, aunque no tarde en recobrar su maldad intrínseca: “El Maligno perduró abstraído/ De su propio mal y, por un rato, persistió/ Estupefactamente bueno, de vileza desarmado./ De arteria, odio, envidia y de venganza./ Mas el ígneo Infierno que arde siempre en él./ Aunque en mitad del cielo, pronto puso fin a su deleite./ Y con mayor tormento, cuanto más contempla/ Los placeres no ordenados para él: luego, pronto/ Odio fiero recolecta...” (vs. 463-471). Este dibujo claroscuro de Satán resultaba de una audacia extrema en el siglo XVII, pero no debe extrañarnos si atendemos al ideario heterodoxo de Milton. Pese a los esfuerzos de algunos críticos católicos como C.S. Lewis —amigo de Tolkien y autor de la muy popular serie de *Narnia*—, ansiosos por reconducir a Milton al recto camino de la tradición cristiana, el poeta abrazaba no pocas ideas heréticas: como ha recordado Fernando Galván, rechazaba la Trinidad, el bautismo infantil y el matrimonio eclesiástico, se oponía a los obispos, y defendía el divorcio y las libertades de expresión e imprenta. Por no hablar de su defensa del regicidio, plasmada en su tratado *Of Tenure of Kings and Magistrates*, escrito en 1649, mientras se juzgaba al depuesto —y finalmente decapitado— Carlos I. Quizá por eso Satán y el resto de los ángeles caídos de *Paraíso perdido* sean descritos con muchos de los vicios de los monárquicos. —

— EDUARDO MOGA

NOVELA

Fantasia cumplida



Philip Roth
El pecho
trad. Jordi Fíbla, México,
Mondadori,
2006, 96 pp.

Estamos en Nueva York a principios de los años setenta, la época de la psicodelia. Mientras escuchan a Donovan a todo volumen en sus departamentos del Village, los gringos sueñan con encontrar formas innovadoras de la sexualidad. En esos mismos años, Philip Roth publica *El pecho* (1972), editada recientemente por la editorial Mondadori. Se trata de la primera entrega de lo que ahora se conoce como la Trilogía de Kepesh. Las otras dos serán *El profesor del deseo* (1977) y *El animal moribundo* (2001).

Esta novela, a un tiempo profunda y divertida, cuenta la historia de un hombre que ha perdido —y añora con toda su alma— la posibilidad de relacionarse de forma convencional con la gente, en especial con el sexo opuesto.

David, catedrático de literatura, cuya vida está totalmente desvinculada de la ola *bippie*, sus prácticas y sus pretensiones, sufre un accidente endocrinológico que comienza como un eczema en la base del pene y lo termina transformando en un pecho de mujer, en una teta enorme como la que aparece en la película de Woody Allen, *Todo lo que usted quería saber sobre el sexo y nunca se atrevió a preguntar*, filmada el mismo año.

Una vez transcurridas las primeras páginas en las que, sorprendido por lo inusual de la historia, el lector se divierte con la transformación y el humor negro de Roth, empieza a predominar en la novela una sensación de soledad y desamparo. Sin horizonte, internado en



¿CAMBIASTE DE DOMICILIO?

AVÍSALE AL IFE EN CUALQUIER MÓDULO DE TU ENTIDAD

Presenta
una identificación
y un comprobante
de domicilio al
iniciar tu trámite.

¡llama a IFETEL y
ubica tu módulo!

Con tu Credencial para Votar,
vive la democracia

 **IFE**
INSTITUTO FEDERAL ELECTORAL

www.ife.org.mx

IFETEL: 01-800-433-2000

un sórdido hospital donde se le mantiene vivo gracias a la tecnología médica, David muestra una cara mucho menos alegre de esa época que generalmente se nos presenta como una fiesta o una manifestación permanente. Kepesh atraviesa por todas las reacciones posibles –desde la incredulidad hasta la subversión– y debate sobre ellas con el doctor Klinger, su psicoanalista.

Se trata de un libro en apariencia ligero que, sin embargo, plantea problemas angustiantes y anuncia algunas de las obsesiones que caracterizaban la época en que fue escrito, pero también la nuestra. En ese sentido, la novela sigue siendo perfectamente actual y contemporánea. El narrador, por ejemplo, tiene la sensación de estar vigilado todo el tiempo por cámaras escondidas en el cuarto de hospital donde lo visitan su novia y sus colegas de trabajo. Esa paranoia cobra varias dimensiones, si tomamos en cuenta el contexto político de aquellos días. En la esfera individual, David recuerda horrorizado el tiempo en que sus fantasías eróticas le parecían normales e inofensivas, por ejemplo, la de residir para siempre en el bikini de su novia.

Entre los diversos temas de reflexión que plantea esta novela, está el papel que ha adquirido el psicoanalista en nuestras vidas. El doctor Klinger representa el sentido común, en medio de esa tragedia descabellada. Es el equivalente del rabino o del sacerdote en los siglos anteriores. Sin embargo, la resignación que nos exige un psicoanalista es mucho más escueta comparada con la que antes requería la religión: la tragedia como parte de un plan o, al menos, de una voluntad divina. Aquí, sin embargo, el sentido común y la cordura consisten en aceptar la realidad tal y como se presenta, sin buscar ningún sentido oculto o *refoulé*, ningún sentimiento edípico, ninguna psicosis agazapada. Aunque David trata de refugiarse en todas estas nociones psicoanalíticas, el doctor Klinger lo regresa sin cesar a la tierra, a pesar de que, en su caso, la realidad es la situación más desquiciada del mundo y supera cualquier alucinación. La ironía de Roth es exquisita: una vez resignado

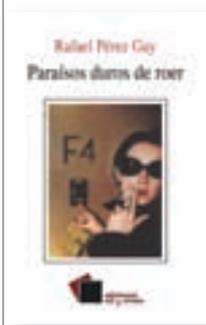
a su nueva condición, ¿cuál es la opción que nuestra sociedad ofrece al miserable David? Usted lo ha adivinado: la posibilidad de la fama, el consuelo, no poco codiciado en nuestros días, de convertirse en un fenómeno pop. “Ganaré cientos de miles de dólares y entonces tendré chicas, de doce y trece [...] y todas al mismo tiempo sobre mi pezón. Si los Rolling Stones pueden encontrarlas, si Charles Manson puede encontrarlas, también nosotros con la educación que tenemos, probablemente podremos encontrar unas cuantas [...] Y mi felicidad será delirante. Repito: mi felicidad será delirante.”

No parece casual que, algunos años después de haber escrito esta sátira, Philip Roth haya renunciado a la vida pública y al mundo del espectáculo literario para irse al campo, a escribir en condiciones de retiro. A partir de esa decisión tan radical, la calidad de sus libros ha aumentado de manera exponencial. Así, esta novela, que en los setenta se consideró uno de los grandes libros de la época, resulta a la distancia –y sobre todo comparada con una obra magistral como la que Roth nos ha dado desde entonces– una novela buena pero menor, que permite retrazar el recorrido de este autor portentoso. —

— GUADALUPE NETTEL

CUENTO

Cazadores de tiempo



Rafael Pérez Gay
Paraísos duros de roer
México, Cal y Arena, 2006,
150 pp.

Además de por su notable transparencia, fruto de una sensibilidad que abreva en las aguas de la tradición lo mismo francesa que estadu-

nidense, la obra de Rafael Pérez Gay (1957) destaca en la literatura mexicana reciente por fungir como una sonda lanzada hacia ese agujero negro que es el paso del tiempo. En los cuentos de *Me perderé contigo* (1988) y *Llamadas nocturnas* (1993), en el armazón novelesco de *Esta vez para siempre* (1990), incluso en los textos desprendidos del periodismo cultural que se agrupan en *Cargos de conciencia* (1997) y *Diatriba de la vida cotidiana y otras derrotas civiles* (2001), se hace patente –a veces en la estructura profunda, a veces en la superficie– una nostalgia acendrada, una preocupación por registrar las cicatrices de la edad a través de referencias generacionales; canciones, libros, películas y aun patrones de conducta son claras señales de la añoranza por épocas que quedaron atrás y que se intentan, si no revivir, al menos fijar con ayuda del pegamento escritural. No es gratuito, por ende, que otro filón del trabajo de Pérez Gay sea el estudio de la prosa y la prensa del siglo XIX mexicano, un filón que comparte el protagonista de “Venimos de la tierra de los muertos”, uno de los cinco relatos de *Paraísos duros de roer* (2006), que gira alrededor de una *séance* celebrada el 6 de mayo de 1901 con el afán de invocar el espíritu del decadentista Bernardo Couto: “Los investigadores somos sepultureros, traficantes de huesos viejos salvados apenas por ese momento en que la materia del pasado se vuelve combustible para el presente.” Tampoco es gratuito que en “La Burbuja y otras noticias del futuro”, cuento incluido en *Llamadas nocturnas* que evidencia la veta fantástica del autor –una veta que no reniega del realismo sino que, por el contrario, lo nutre–, un personaje llegue a esta conclusión: “Todos los que vuelven se reprochan a sí mismos detenerse en el pasado [...] Como si uno no se pasara la vida haciendo eso, deteniendo el tiempo, buscándolo el freno a la vida. Como si no fuéramos cazadores de tiempo, de memoria.” Así pues, la labor tanto narrativa como ensayística y periodística de Pérez Gay no es más que el despliegue de esa cacería insólita, esa búsqueda del tiempo per-

dido; aunque, viéndolo bien, hablar de fronteras entre géneros en el caso de este autor resulta hasta cierto punto injusto. Un bello pasaje de “La Burbuja y otras noticias del futuro” ilustra la mezcla que se consigue en varios textos: “En la terraza creció un capulín centenario que rodea al bungalow. Las raíces se confundieron con un muro colonial para hacer con el tiempo un solo producto, una extraña fusión de la vida vegetal y la vida mineral.” Interpretémoslo de este modo: en Pérez Gay, las raíces de la literatura se entrelazan en ocasiones con los cimientos del periodismo para ofrecer productos que entusiasman por su capacidad de hibridación.

Trece años median entre los relatos de *Llamadas nocturnas* y los de *Paraísos duros de roer*, lapso considerable si se piensa en la celeridad que define no sólo el mercado editorial sino la era en que vivimos. (“Me falta tiempo y soy mentiroso. Dos enfermedades de la época. Las horas no alcanzan para nada”, confiesa Alberto Armijo en “La agencia”, el cuento que inaugura *Paraísos*.) En ese periodo Pérez Gay ha depurado obsesiones y una indudable vocación aforística que cruza toda su obra, sin por ello renunciar al humor agudo que lo caracteriza ni a algunas criaturas que lo acompañan fielmente desde sus primeros títulos. Un par de ejemplos: el Javier Espitia de “Para llorar” y “Un tren a la utopía” (*Me perderé contigo*), que puede ser el Javier de “La Burbuja y otras noticias del futuro”, resurge en *Paraísos duros de roer* en “Regreso a La Burbuja” y “Bondage”; Norma Treis, la argentina que figura en “Un tren a la utopía” y “El arte de la noche” (*Llamadas nocturnas*), aparece casada con el Armijo de “La agencia” y tiene un papel fugaz en “Bondage”. Esta especie de caja de resonancias, que permite seguir la evolución digamos novelística de un clan de viejos conocidos cuentísticos, perdura en *Paraísos duros de roer*. Así, Armijo acaba por ser el psicoanalista del investigador de “Venimos de la tierra de los muertos” y Abby Soho, la *escort* treintañera que

tal investigador contrata por una noche, terminará guiando al periodista de “Un género diabólico” en su odisea por el laberinto sexual de la ciudad de México, esa otra vieja conocida cuyos vaivenes constituyen el telón de fondo de los libros de Pérez Gay:

Un edén petrificado. Ése era el paisaje de Santa Úrsula, Peña Pobre, Fuentes Brotantes, Xitla.

Con el paso del tiempo, donde hubo un cedral pusieron un campo de golf, donde brotaban aguas cristalinas crecieron edificios de interés social y basurales. A esto algunos le llaman progreso.

“El duro aprendizaje de la vida adulta”, en palabras del Javier de “La Burbuja y otras noticias del futuro”, podría ser el subtítulo de una hipotética reunión de los relatos que el autor ha publicado hasta hoy. (En 2001 vio la luz *El arte de la noche*, breve antología editada por Aldus-Conaculta en la colección “La Centena”.) Si el grueso de los protagonistas de *Me perderé contigo* y *Llamadas nocturnas* están entrados en la treintena —“Treintones y treintonas sienten que tienen todo por delante, que están en el mejor momento de su vida y, como se sabe, eso es para llorar”—, los de *Paraísos duros de roer* han dejado atrás los cuarenta y entran no sin tropiezos en los terrenos del medio siglo: “Memoricé palabras y cifras del raro vocabulario de los hombres y mujeres de nuestra edad. No son pocas: leucocitos, linfocitos, nitratos, glucosa, bilirrubina, plaquetas, antígeno prostático, colesterol, triglicéridos, ácido úrico. Antes hablábamos de noche, amor, bares, amistad, libros, droga, sexo.” Este proceso de madurez es palpable no sólo en los personajes sino en la escritura que los anima, de modo que temas tratados con cierta irreverencia en cuentos anteriores son vistos ahora a través de un filtro más reflexivo, más melancólico. La dualidad femenina, encarnada por la Laura adulta y la Laura joven que coinciden en el hotel borgesiano de “La Burbuja y otras noticias del futuro” y “Regreso

a La Burbuja”, halla representantes extremas en la esposa y la amante del Armijo de “La agencia”, en la mujer moribunda y la instaladora sadomasoquista de “Bondage” y, sobre todo, en la madre y la *escort* de “Un género diabólico”. El trinomio sexo-enfermedad-muerte se recrudece: en “Bondage”, el narrador descubre nuevas prácticas eróticas en tanto su amiga Emilia agoniza en el hospital; luego de llevar a su madre de noventa años a un examen ocular, el periodista de “Un género diabólico” acude a un club *swinger*: “Abby cedió a las caricias de una mujer. La observé de pie en un triángulo negro de la habitación. Mientras presenciaba la escena pensé que un día la visión de mi madre sería así, un teatro de sombras en movimiento.” A caballo entre el desparpajo y el desasosiego, el cinismo y la nostalgia, las criaturas de Rafael Pérez Gay acaban por ceñirse a una triste resolución: “No es fácil cambiar la vida, tenemos muchos años en contra.” Y por eso se asumen como cazadores de tiempo y no como soldados: saben que la batalla que enfrentan la han perdido de antemano. —

— MAURICIO MONTIEL FIGUEIRAS

